

**JUAN
CARRÁ**

Lima

UN SÁBADO MÁS

opus nigrum



VESTALES

A mi abuelo y a mi papá,
quienes metieron en mi sangre
el amor por el boxeo.

A Victoria y Noelia, siempre.

“Cada rival es un peligro latente. Cada combate es una nueva embestida que la vida nos depara. Cada triunfo es un paso más hacia lo que uno se ha propuesto. En definitiva, el boxeo y los boxeadores no son nada fáciles.”

“Uno tiene un representante o mánager, un masajista que le ablanda a uno el cuerpo, recibe consejos hasta del promotor, alguno se lleva más dinero que el propio boxeador; pero lo cierto es que, cuando suena la campana, te sacan el banquito y uno se queda solo.”

Oscar *Ringo* Bonavena

25 de septiembre de 1942 - 22 de mayo de 1976

Primer round

Lima asoma el bucal. Busca aire en cualquier parte. Las piernas le tiemblan, pero igual avanza. Tira la izquierda en punta. Marca el golpe y avanza. El corte en la ceja ya no sangra. Pero la zona parece un volcán morado a punto de estallar. Por eso sube la derecha. Se cubre. Lima sabe que, si el Nelson acierta otro golpe, ya no habrá forma de parar la hemorragia. En eso piensa mientras tira manos para mantenerse lejos. En eso piensa cuando baja la guardia para ensayar un gancho que corta el aire. En eso piensa, cuando Nelson retrocede y pega. Otra vez en la ceja. La lona desgastada se tiñe de sangre.

—Te lo dije, forro, te lo dije...

—No pude, traté, pero no pude.

—Fracasado y la rreconcha de tu madre. ¡Todo te puse para que aproveches este puto momento! Y vos un choto... Nada... Te dejás cagar a trompadas por ese gordo pelotudo que no sabe ni levantar las manos. ¿Qué mierda hago ahora yo? ¿Qué mierda...? Decime, pelotudo.

—Perdón, don, yo me cubrí como me dijo el Chango... No vi la mano, no la vi venir... Y el corte... el corte me cagó... siempre tuve quilombo para cicatrizar...

—¿Qué mierda me importa a mí tu cicatrización, paje-ro? Lo único que me importa es que empieces a pensar cómo mierda me vas a devolver toda la guita que me hiciste perder.

Diez lucas te puse encima. Una torta de guita para que lo tiraras, por lo menos una vez, en el octavo. ¡Es un gordo fofo! ¡Una bolsa de mierda que no puede ni moverse! Pero al lado tuyo parecía una gacela. ¡Ni una le pegaste! ¡Ni una!

—¡Sí! Una le entró... ¿No la vio?

—Seee, la vi... Tu mujer en cuatro y la pija de un negro entrándole a fondo. Pelotudo, no lo hiciste ni transpirar. Ese gordo de mierda se cae solo. Pero no... vos no... vos ni lo tocaste. Y para colmo te dejaste pegar como una puta.

—No diga eso. La Negra y mi vieja trabajan de eso... pero cuando yo gane unos pesos más las saco de ahí...

—¿Unos pesos más? Olvidate Lima... Te vas a tener que hacer cagar a trompadas todos los sábados, pero a mí me devolvés hasta el último peso que puse. Y decile a tu jermu que me abra cuenta, me la voy a ir cogiendo para achicar diferencia... ¿Qué te parece Lima?

—No, don, si usted toca a la Negra yo lo mato... Deme un sábado más, yo se lo soluciono.

—Tarde Lima, tarde... Te hubieras acordado arriba del *ring* cuando el gordo puto ese te estaba cagando a trompadas. Ahí te hubieras hecho el taura, no conmigo... Yo de última lo único que quiero es lo que es mío. Mi guita.

Don Cristóbal Duarte se puso el sombrero, escupió en el suelo del vestuario y se fue. Lima se quedó solo. Todavía tenía puestas las vendas en las manos. Un hilo de sangre le bajaba desde la ceja como lágrimas que lo asemejaban a un santo pagano.